SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO PALESTINO



ACTO PÚBLICO

"las políticas de EE UU y la UE en Oriente Próximo"

intervendrá CARLOS TAIBO

Profesor de Ciencia Política de la U. Autónoma de Madrid
Director del Programa de Estudios Rusos
Colaborador de Bakeaz y diversos medios de comunicación

Salón Actos Instituto Santa Clara - SANTANDER
15 de marzo 2007 - 19:30 horas

organiza:
Red Cántabra de Solidaridad contra la ocupación de Palestina

Dossier de Documentos

para el debate

Carlos Taibo

ha remitido tres artículos cuya lectura sirve para preparar la **charla-coloquio** que se celebrará el día 15 de marzo de 2007 en el Salón de Actos del Instituto Santa Clara de Santander, a partir de las 19:30 horas, en torno a "Las políticas de EE UU y UE en Oriente Próximo".

Nuestros gobernantes no se enteran

Sabido es que el presidente ruso, Vladímir Putin, propuso días atrás que se abriese una vía de conversaciones con Hamás, el movimiento que acaba de arrasar en las elecciones generales palestinas. Por mucho que tantos prefieran ignorarlo, Putin ha dado rienda suelta a una posibilidad que estaba en las agendas de todas las cancillerías occidentales. Y es que a buen seguro que los asesores de los diferentes ministros de Asuntos Exteriores, a la hora de encarar el nuevo escenario palestino, habían sopesado, entre los horizontes posibles, el que a la postre ha abrazado Moscú. Así lo atestiguan, por cierto, las reacciones asumidas por gobiernos como el francés y el español, y las propias declaraciones realizadas por el secretario de Defensa norteamericano, Donald Rumsfeld.

La incipiente conciencia en lo que atañe a la deseabilidad de un diálogo con Hamás puede explicarse, con todo, conforme a dos percepciones diferentes. La primera se asienta en el reconocimiento, franco o cauteloso, de que la tantas veces recor-dada inclusión de Hamás en una lista internacional de grupos terroristas no debe llamar al engaño. Hamás no es -se vean las cosas como se vean- una suerte de Al Qaida palestino. Y no lo es porque hay que prestar oídos a la afirmación que recuerda que la organización que nos ocupa mucho tiene de movimiento resistente frente a la ocupación ilegal de un territorio. No sólo eso: al que más y al que menos se le ha pasado por la cabeza la conveniencia de preguntarse por qué el nombre del propio Estado de Israel no se incluye en esa lista internacional de grupos terroristas... Agreguemos, en suma, que el hecho de que Hamás haya arrasado en unas elecciones a las que a duras penas puede negarse una condición razonablemente democrática obliga a tratar a sus dirigentes con algún miramiento.

La segunda percepción discurre por caminos bien diferentes y crece de la mano del recordatorio de qué es lo que las cancillerías occidentales le siguen demandando a Hamás. Uno puede entender la lógica inapelable que se revela de la mano de la solicitud de que el grupo palestino abandone la violencia. No es tan evidente, en cambio, que una negociación reclame inexorablemente del reconocimiento previo, por Hamás, del Estado de Israel, y ello por mucho que pueda entenderse, también, el sentido de este requisito. Lo que no hay manera de encajar en análisis racional alguno es la tercera imposición manejada: la que reclama de los islamistas palestinos la aceptación plena de los acuerdos de paz suscritos en el decenio de 1990. Y es que la tercera exigencia nos emplaza delante de una dramática incomprensión, del lado de nuestros gobernantes, en lo que respecta a los motivos que vienen a explicar el sonoro éxito electoral de Hamás. Es verdad que este último se asienta en factores tales como la corrupción que ha marcado indeleblemente la gestión de Al Fatah, la eficacia de las redes de asistencia social generadas por Hamás, las amenazas que el electorado palestino ha recibido de la Unión Europea y de Estados Unidos, o el auge fundamentalista que la política de este último ha propiciado en el Oriente Próximo. Pero no lo es menos que una explicación principal de lo ocurrido la aporta el franco rechazo con que los habitantes de Gaza y Cisjordania han obsequiado a unos planes de paz que en el mejor de los casos -subrayemos esta cláusula- conducían a un Estado palestino de soberanía muy recortada, claramente subordinado a la lógica colonial de Israel. Hay motivos sobrados para arribar a la conclusión, en este orden de cosas, de que las críticas, más que fundadas, que Hamás ha emitido del proceso de paz iniciado en Oslo le han valido el voto de muchos palestinos que en modo alguno simpatizan con el rigorismo religioso de la organización islamista.

Cada vez es más urgente que los gobiernos occidentales tomen nota de lo anterior. No sin paradoja, un elemento que debe facilitar semejante tarea lo aporta el hecho, incontestable, de que el propio gobierno israelí ha dado por muertos, bastante tiempo atrás, los acuerdos de paz. No deja de ser llamativo, dicho sea de paso, que los constantes incumplimientos de estos últimos de los que han hecho gala los gobiernos encabezados por Ariel Sharon no provoquen hoy, del lado de nuestros cancilleres, ninguna exigencia expresa dirigida a Israel: por lo que parece, sólo el mundo palestino está en la obligación de acatar imposiciones.

Quiere uno creer que éste es el momento para que, de forma singular, la Unión Europea sea moderadamente consecuente con la retórica que ella misma abraza de vez en cuando y se entregue imaginativamente a reconstruir un proceso de paz que contemple en serio -nada tiene de radical la propuesta- la gestación de un Estado palestino que no sea un mero bantustán supeditado a los caprichos y los intereses de Israel. La política de la UE carecerá, entre tanto, de credibilidad si, al tiempo que lanza admoniciones contra Hamás, la Unión se aviene a seguir manteniendo el trato comercial de privilegio con que premia, desde mucho tiempo atrás, a Tel Aviv. Aunque, claro, acaso estamos pidiéndole peras al olmo. Hace unos días un informe de Human Rights Watch concluía que en la Unión Europea de estas horas pesan más los intereses que los principios. Pues vaya descubrimiento...

¿Fiasco norteamericano en Iraq?

Desde que Estados Unidos se lanzó a acometer sendas agresiones militares en Afganistán e Iraq el argumento se ha esgrimido un sinfín de veces: las operaciones en cuestión, lejos de reducir el caldo de cultivo de eso que ha dado en llamarse terrorismo internacional, antes bien han venido a engrosarlo. Bastará con rescatar un dato llamativo que incluía el pasado año el informe del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres: si hace un lustro Al Qaida era una red instalada en media docena de países, hoy en día sus militantes se hallan presentes en sesenta Estados, en lo que se antoja ilustración fidedigna del calamitoso resultado de la política abrazada por los gobernantes estadounidenses del momento. Aunque la tesis que tenemos entre manos es tan fácil de entender como, en otra clave, irrefutable, conviene que guardemos las distancias con respecto a dos presunciones que la anteceden. La primera adelanta que en los movimientos norteamericanos de estos últimos años en Afganistán e Iraq se aprecia con sencillez el vigor de dos grandes objetivos que darían cuenta, al cabo, de lo principal: reconfigurar, por un lado, el panorama estratégico del Oriente Próximo, convirtiendo la región en una atalaya desde la cual mantener a raya a eventuales competidores, y hacerse con el control de yacimientos de materias primas energéticas -en su caso, también, de conductos de transporte- muy golosos. La segunda presunción acata, sin más, que la lucha sin cuartel contra el terrorismo internacional es explicación primera de las acciones militares que nos ocupan.

Ya hemos sugerido que es menester guardar las distancias en lo que hace a esas dos percepciones. Por lo que a la primera respecta, la razón parece sencilla: hay que preguntarse si, más allá de sesudas opciones geoestratégicas y geoeconómicas, lo que despuntan no son sino los prosaicos y personalizados intereses del grupo dirigente en Estados Unidos. Lo diré con mayor claridad: cuando se afirma, de nuevo con argumentos solventes, que la estrategia de la Casa Blanca está naufragando palmariamente en Iraq, se olvida que por detrás son muchas las empresas norteamericanas que, en los ámbitos del complejo industrial-militar, de la construcción civil y, con certeza, de la energía, están obteniendo pingües beneficios en ese atribulado país. Acaso esto es, con mucho, lo principal para Bush y los suyos, que sonríen socarronamente cuando escuchan a tantos expertos.

Harina de otro costal es la que corresponde a la segunda presunción. En este caso debemos recelar muy mucho de que, hablando en plata, la represión del terrorismo internacional sea fundamento primero de la conducta planetaria de Estados Unidos. Semejante intuición distorsiona, y dramáticamente, los hechos. Qué llamativo es que la Estrategia de Seguridad Nacional aprobada en Washington en septiembre de 2002 diese en identificar dos grandes objetivos de la política exterior norteamericana -apuntalar, por un lado, la hegemonía propia y expandir, por el otro, el modelo de capitalismo estadounidense para que alcance el último rincón del globo- y ninguna mención hiciese, entre tanto, del terrorismo internacional. La invocación ritual de éste no es sino una añagaza que permite sacar adelante operaciones militares que en otras circunstancias serían inabordables. Estados Unidos no se halla inmerso en una lucha sin cuartel contra Al Qaida y redes similares: sus políticas apuntan sin más, antes bien, a deshacerse de competidores y rivales, sea cual sea la condición, marcada por el terrorismo o no, de éstos.

En la trastienda de la tesis general que estamos glosando lo que se barrunta es algo cuyo relieve a duras penas puede rebajarse: quienes dirigen hoy la principal potencia planetaria actúan en provecho de intereses singularísimos que arrinconan el vigor de los que corresponden a sus propios conciudadanos. Piénsese, sin ir más lejos, en la naturaleza de la respuesta mayor que la Casa Blanca ha decidido ofrecer a los ingentes problemas de vulnerabilidad energética de Estados Unidos. Lejos de asumir la necesidad imperiosa de reducir el consumo interno de petróleo y de gas natural, y lejos también del designio de propiciar un rápido y liberador desarrollo de fuentes alternativas de energía, los gobernantes norteamerica.-nos del momento, atentos a los intereses de gigantes-cas empresas, se han inclinado por acometer costosísimas y sangrientas operaciones militares que muchos sugieren que exhiben, por añadidura, inciertos resulta-dos. A tono con la percepción de los hechos que estamos acariciando es obligado recalcar una vez más que, si tales resultados son innegablemente inciertos para el ciudadano norteamericano de a pie -que habrá de pagar con sus impuestos la osadía bélica de Bush-, no falta quien se regocija al comprobar cómo la cuenta de resultados de un puñado de macabras empresas engorda espectacularmente, en aplicación estricta de una máxima bien conocida: mientras los beneficios se privatizan, las pérdidas, en cambio, se socializan.

¿Soldados en el Líbano?

Me preguntan a menudo en los últimos días si, ante la tragedia que acosa al Líbano, también estoy en contra del despliegue de una fuerza de interposición en el sur de ese atribulado país. ¿No es ésta -se me espeta- una situación inequívoca en la que hay que apoyar sin fisuras semejante despliegue?

Me permitirá el lector que por una vez lo libere de cualquier sesuda consideración sobre el intervencionismo autodenominado humanitario, aun a costa de reconocer que algunas situaciones extremas invitan a hacer la vista gorda ante las dobleces que acompañan a aquél. Me temo, sin embargo, que lo del Líbano obliga a discurrir por otro camino y a aseverar con energía que la pregunta que se formula es tramposa donde las haya. Porque, y vaya mi réplica principal, ¿qué es lo que se ha hecho para evitar que se alcanzase la situación de estas horas? ¿No resulta evidente que las potencias occidentales han dado alas, en repetidas ocasiones y de diversos modos, a las políticas criminales abrazadas por Israel?

Y es que en este caso en modo alguno cabe hablar de una conducta inesperada asumida por un agente de siempre moderado. El registro de Israel es inapelable, y no voy demasiado atrás, de la mano de más de 700 niños y adolescentes palestinos muertos en los tres últimos lustros, de la práctica cotidiana de la tortura, del castigo constante infligido a los civiles y de orgullosas violaciones de la legalidad internacional. Son estos hechos, por cierto, y no un fanatismo irreductible, los que explican el crecimiento de Hizbulá y de Hamás. No nos engañemos: si Israel hace lo que hace es porque sus dirigentes son plenamente conscientes de que nadie con peso -EE UU, la Unión Europea- les va a parar los pies. Los sucesivos gobiernos españoles, sin ir más lejos, han mantenido incólumes las relaciones diplomáticas, han respetado el sinfín de privilegios comerciales con que la UE obsequia a Israel, no le han hecho ascos a la venta de armas a este último y han amparado el desarrollo de maniobras militares conjuntas. En estas condiciones, que Rodríguez Zapatero sea retratado como un furibundo enemigo de las políticas de Olmert no deja de ser un triste desafuero.

Alguien dirá, cargado de razón, que todas estas miserias lo son, en realidad, de la propia Unión Europea, inmersa en un círculo vicioso en el que se dan cita una torcida interpretación de los deberes de solidaridad y reparación que se derivan del Holocausto, la sempiterna sumisión a Estados Unidos, el eco del discurso neoconservador sobre el terrorismo y, claro, y aunque a menudo se olvide, intereses propios bien palpables. La UE se halla entrampada, por añadidura, en un lamentable callejón sin salida: el legítimo designio de perfilar una diplomacia común se materializa hoy en la llamativa anulación de las políticas propias de los Estados miembros. Mientras unos se escudan en los otros para justificar por qué no rompen un plato, tampoco emerge esa añorada diplomacia conjunta, a menos que por ésta entendamos el pundonoroso abrazo del silencio más cómplice.

Como acostumbra a ocurrir en estos casos, uno puede apuntarse a dos tesis que, diametralmente diferentes, recogen partes contrastadas de la realidad. Israel es, por un lado, la punta de lanza de muchos intereses occidentales, hasta el extremo de que parece legítimo afirmar que quienes bombardeamos somos, en alguna medida, nosotros, de la misma suerte que somos nosotros quienes, con infumable hipocresía, nos aprestamos a desplegar contingentes pacificadores. Pero, y del otro lado del espejo, la violencia sin límite que los gobernantes israelíes profesan no hace sino acrecentar el caldo de cultivo de respuestas desbocadas que amenazan, naturalmente, a la propia UE. En este sentido, no puede sino indignar que la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad, bajo la estricta tutela norteamericana, reclame la liberación inmediata de los soldados israelíes secuestrados pero nada diga, en cambio, del millar de muertos, en su mayoría civiles, provocado por los bombardeos del Tsahal.

Vayamos, con todo, a lo principal: lo ocurrido en el Líbano, y lo que sucede hoy como ayer en Gaza y Cisjordania, no obedece a las secuelas arrasadoras de un tsunami que escapa -supongamos que es así- a nuestra responsabilidad y a nuestro control. Es el efecto, conscientemente buscado, de una maquinaria de terror dirigida por humanos. Hace unas semanas señalaba en estas páginas que no acierto a entender por qué la UE ha prohibido la entrada en su territorio al presidente bielorruso Lukashenko -cuyos pecados pasan por manipular elecciones y reprimir, llegado el caso con saña, a la oposición-, mientras nuestros gobernantes siguen acogiendo en palacios y aeropuertos a ese digno émulo de Bush hijo, Olmert, sobre cuyos hombros pesan un millar de muertos y la destrucción de un país entero. ¡Qué ironía que en esas condiciones me pregunten si no me parece razonable el despliegue de una fuerza de interposición en el Líbano meridional¡

(Publicado en La Vanguardia).